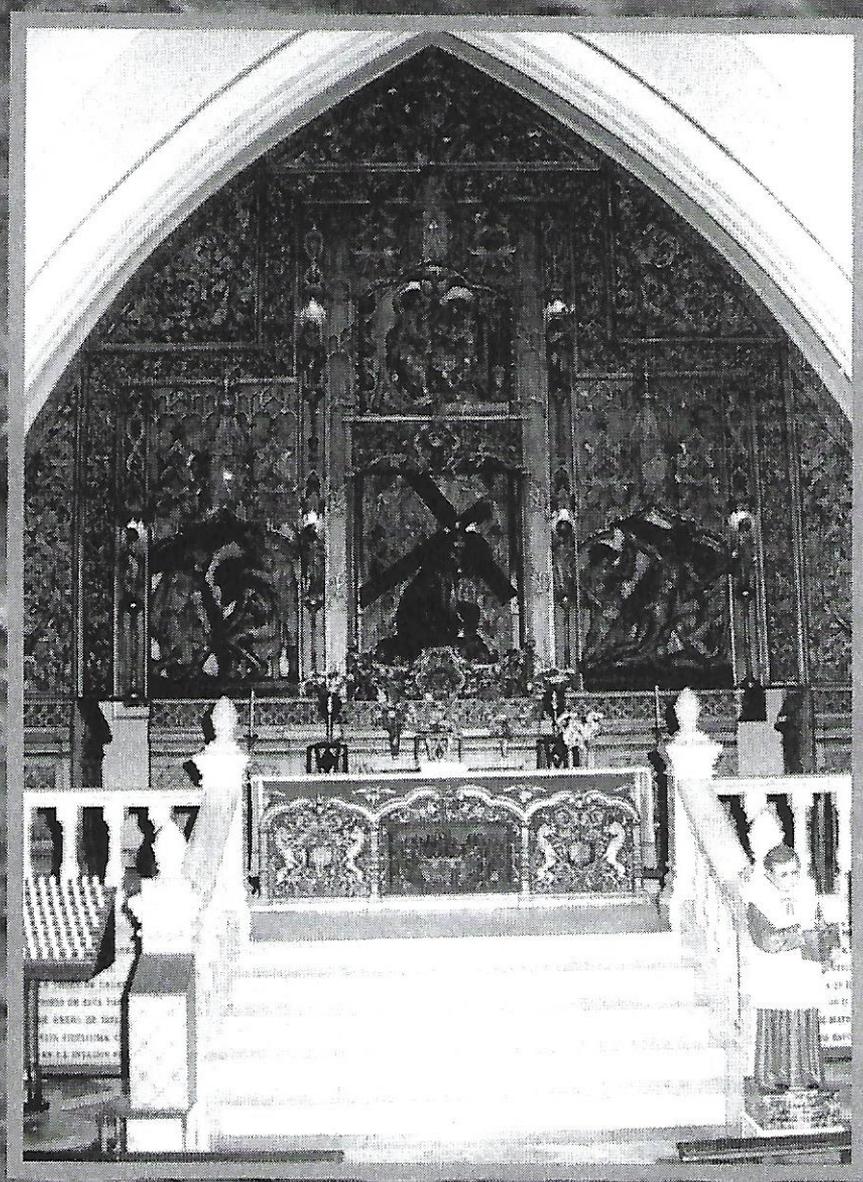


MANZANARES



Fiestas Patronales

Nuestro Padre Jesús del Perdón

Septiembre, 1997



Pregón 1997

Cristóbal López de la Manzanara Cano

Para mis padres, Celia y Francisco: que me enseñaron a ver la fortuna de las cosas pequeñas.

Hoy me habéis dejado con la palabra a solas, queridos amigos, con el regusto de su cerco, para olerla, para saborearla, como a mi me gusta, y también para andar con ella de la mano y pasearla como mi amada por los andenes de la estación del recuerdo. La tomo y la beso como si fuera un buen vino de este suelo que tiene la cal y la sed como testigos. En cada sílaba me habéis dejado con ella en solitario para que juegue a las cuatro esquinas con los cuatro elementos que me sitian y me sobornan el corazón: la niñez que la llevo como canicas en los bolsillos del alma, la familia que me ha conducido de la mano por la feria de la vida, los amigos que se han resistido en todo momento a perderme; prueba de ello la tenéis en vosotros, y en Tomás que me ha prestado otra vez la voz para este pregón, como si cada cosa que escribo tuviera la extraña voluntad de ansiar la búsqueda de su voz; y por último, este paisaje que me devora con su brillo tan trasegado por los pintores. Ha sido también una encerrona de cariño la que me ha procurado Eugenio.

Gracias, a mi compañero en avatares literarios, José Fernández-Arroyo por sus palabras de presentación, quién aparte de sus cualidades como escritor y como experimentador de la forma, tiene el santo y la seña de su apellido, que a la vez es el mismo del que me presta hoy la voz, y a los cuales no hay que preguntarles el gentilicio para averiguar si alguna vez bañaron las carnes de su niñez en el tercer recodo del río Azuer.

Habéis pensado que la palabra puedo utilizarla bien, es por ello por lo que os digo que habéis sido demasiado atrevidos al confiarme el anuncio de la fiesta más grande de la ciudad de Manzanares.

Hoy huele ya a septiembre tendido al sol, color

membrillo, y a teatro, por las arterias del aire, por todas las esquinas a la hora, bruja y sibila, en que se arrodilla el día; es cuando los vencejos se tiran como camicaces etéreos desde las torres, cuando el crepúsculo tardío se vuelve patíbulo de la tarde y mancha con el color púrpura, como si sangrase el cromatismo que nos recuerda la tónica de nuestro

Padre Jesús del Perdón. En estos días se celebra la llegada del fruto de la vid, ya casi maduro, casi azúcar total; esférico fruto, como el mundo, y que se tarda más de nueve lunas en nacerse.

Hoy se hace en esta tierra homenaje el porvenir del otoño, en este crucifijo de la Mancha que es Manzanares. Y es que esta tierra que ha visto nacer tantas y tantas luces, este lugar carralero de vida, morisco y de mesta, siempre tiene la sana costumbre de

recordar la cruz del Santo Cristo Arrodillado desde la humildad doméstica y labriega hasta los contornos de sus latitudes, desde los dulces que enseñan en su rizada cochura el símbolo de la cruz caballera del Campo de Calatrava, como si una flor de las crucíferas se tratara, anunciando con su corola color canela la pasión de un pueblo que celebra en primavera, hasta la situación con la que se mira este pueblo y se crucifica en esta geografía, traspasada por la sed, en el tránsito de historia de tantos viajeros de guerra y paz.

En esta otoñada gracias al milagro de luz, al hervor del alba, se vestirán de Jesús Nazareno con la Cruz a Cuestas nuevamente los perfiles de los campos. Volverán a poblarse con parejas de navajas cruzando los majuelos y se tomarán estas tierras en ejido para los poetas, poetas que juegan a sacarse de los bolsillos sonetos que reflejen la hermandad y la crudeza a la par, que se dan en vendimia; sonetos como este que se guardan como dotes o ropa de entretiempo en los camarones del espíritu:



VENDIMIA

Ya están bien colocadas las navajas
con feroz avaricia de asesino,
van hilera de a dos por el camino
quitándole al majuelo las alhajas.
Movimiento gemelo el de estas tajas
en el surco reseco y campesino,
mientras el sol acata su destino
hasta que el frío lo parta en rodajas.
Y espuertas de hidrocarburos con luto
riguroso que parecen brocales
de pozo, acogen esférico el fruto
condenado a la muerte para el vino
en sinfines de acero, que brutales
cumplen con las labores de asesino.
Y así puro y sencillo
este tiempo frutal, oro en octubre,
a la tinaja la convierte en ubre.

Un albor transitado y trasegado por gente distinta, donde se tornan aulas y paraninfos de universidad los surcos. Son esos días en los cuales los estudiantes aprenden el tiempo de vendimia y a convivir con el alma campesina, y los campesinos acaban por entender a la juventud casi un poquito. Juventud que se paga la matrícula de los estudios a base de sudor y órdenes de caporal, a base de navaja, de tranchete, humilde hoz para estos menesteres de dionisiacas maneras. Y es en este rito tan longevo como el mar donde se demuestra y habita otra vez la convocatoria de la idea de Jesús Nazareno, protagonista de la realidad cristiana: la sencillez unida a la sabiduría, la parábola incendiada, esa que precipita desde el cielo como nieve de luz y habita como si tierra fuera.

Es en estos días, por vendimia, donde la comunicación no entiende de clases sociales, ni de barrios, ni de arrabales. Días de hábitos nazarenos con sus promesas impregnadas de maternidad ya madura, donde el crepúsculo hilvana su color, ése que marca las horas del trabajo, del amor, y del poeta de una forma tan natural, como antaño se marcaba en el molino las rosas de los vientos; días de hábitos de sencillez que nos enseñan a comprender la histórica figura del Nazareno como perdedor entre los hombres, fuera de la pascua, como para recuperar el sosiego al reencontrarse con la tarea, con el tajo que la canícula ha roto.

Son días en que se festeja el triunfo de la pérdida con la fría cera, laboreo de las abejas obreras, para que desde su humilde apicultura se reconozca la luz más extensa, la luz de lo divino oficiada como cultura de un pueblo que transita con el mismo ritual

que los años. En estos días la religión sale de paseo a transitar las calles, las plazas, y se toma unos tragos con los vecinos que se recogen los dobladillos del alma para que no le arrastren, y olvidan esos odios tan naturales como el viento que nos da de cara por el Calicanto, como la miga nuestra de cada día o la mala noticia que nos enternece un poco, entremedias de nuestros pecados cotidianos que son tan capitales que forman parte de la sal que nos da sabor a la vida.

A las anchuras próximas a septiembre siempre acude un hombre, un forastero, en estas fechas protocolo de vino, con la misma estampa; parece que los años pasan por él en balde y por su vestimenta un tanto estrafalaria. Llega puntualmente, como nos visitan cada julio, por feria, las blancas casetas de los turroneiros de Castuera con sus mujeres entradas en carnes, algo hirsutas y enlutadas. Dicen que este hombre se arrima por aquí para ver el presente de la vid hecha de sangre y de palabra. Se comenta que arriba de muy lejos, de las localidades que el tiempo hace remotas. Es todo un misterio de hombre. Se mezcla con esos saltimbanquis y actores de teatro en este tiempo que Talía le propone a Baco ser protagonista por aquí. Siempre claro está, después del Nazareno. Actores que tienen por buen cometido sacar las sonrisas a callejear. Este hombre hace también buenas migas con los vendimiadores andaluces expectantes a ser contratados por una casa grande, como antes lo hacían aquellos jornaleros en el meridiano de la canícula que acudían a segar después de haber hecho mies tempranera en Córdoba y Jaén. Y junto a estos agitanados vendimiadores que se traen a su prole numerosa y pedigueña hace aposentos en las cercanías de la estación de corte modernista. Algunos días, ya entrados en septiembre, cuando el rocío es recio en la madrugada, se le ve con ellos alrededor de una lumbre que consiguen alimentar con los cuarterones de las ajadas puertas de algún derribo de casa anciana y grande en alcurnia. Es con ellos con los que este hombre grandón comparte el escalofrío de la noche, ese que se promete en el cierzo a las nueve y se anuncia en la piel tan sólo como caricia fresca en esta hora de la anochecida. Es un hombre alto, de pelo largo, diríase que ni muy joven ni muy viejo, algo barbilampiño, aunque su mentón luce barba de unos cuantos meses, gran conversador; cuenta cosas muy raras, verdades de esas no apetecibles de oírse, y que a veces cuentan los locos, los niños y los cínicos ancianos que no tienen nada que perder. Son verdades en-

teras y ajenas en estos tiempos que nos han tocado vivir. Cosas foráneas a nuestro espíritu, aparentemente un tanto desfasadas en estos días que nos preocupan tanto las cosas de los reinos de otros mundos, como el de Marte, y la moneda única; esos chavos que para lo único que nos van a servir es para recordar cuando con los céntimos comprábamos pastillas de leche de burra en el kiosco de Lino o altramuces en los soportales al garbancero.

En estos tiempos de discursos de predicadores en televisión y de asesinatos tomados en directo, a todo color y con todo lujo de detalles, por alguna cámara desde la ventana anónima de esas colmenas de las grandes ciudades que marcan el pulso de la economía con sus índices bursátiles, este hombre nos habla de la paz sentida en la soledad morena de la noche cuando en la cal se siluetean los tejados y cuando la luna hace respuntes a la sombra en la calle del Zacatín. Argumenta cosas tan sencillas como el aire transparente que se da en totalidad, en primavera, y se pierde en el verde, por Semana Santa, cuando se entrega a los triguales por el puente de la Reina. También como buen contertulio escucha el detalle sencillo de la vida de estos jornaleros de Sierra Morena, ricos en penurias, mientras esperan a alguno de ellos que está a por las necesarias viandas y a por una botella de vino peleón, de segunda prensada, generoso en acidez e indigente en taninos, después de haber sacado para ello con lo que han recaudado a la entrada del cine y a la salida de la novena de Jesús Nazareno de la Cruz que estos días se celebra, pecunia conseguida a base de palma hacia arriba y ropa prestada, ropa donde todavía se vislumbra el logotipo de la bondad de la prenda que en su día anunció fiesta por la calle Empedrada.

Algunas parejas que se arremolinan y buscan intimidad por los andenes de ferrocarril, andenes que sirvieron de muelles para las espirituosas bebidas de las bodegas de los marqueses de Larios y Genal, lo miran como si fuera tan conocido como el esférico color de la uva que aparece en este tiempo perdido por el vino, y les parece que los años no han pasado por él. Lo recuerdan de cuando eran ricos en rojo del mercurcromo en las rodillas –ese que tenía una calavera pintada en la caja, casi siempre chorreada– y pobres, en el color rojo corazón de los amoríos. Se preguntan si se trata de algún actor de teatro que va por libre, uno de esos actores que se ponen en el paseo de coches del Retiro de Madrid y que acude cada año a regalarnos un poco de sonrisa con sus juegos malabares; o si es

un antropólogo que hace estudios de campo, entre los desposeídos que recorren la geografía para vivir en una libertad obligada, esa libertad que da la carencia, difícil de comprender a los que nos fabricamos nuestras aventuras y nuestros riesgos, desde realidades virtuales, navegando por la redes cómodamente en nuestra casa, jugando a ser piratas del aire en los albores de este siglo que se nos mata entremedias de una crisis de identidades.

Este hombre, porta el misterio y la pregunta, toca una guitarra y canta en inglés. El coro se lo hace con un magnetófono negro, con altavoces que se asemejan a los ojos de un búho; radiocasette de los que se anuncian con chillonas etiquetas de color amarillo limón o rojo frambuesa en la tiendas de decomisos. Al cantar se le transfigura la cara y nos evoca a esos líderes que consiguen llamar la atención desde su abatimiento que se refleja en el rostro, como por ejemplo: en Dylan o Bob Marley. En torno a él se forma un corro con niños y paseantes en la plaza del Gran Teatro, ansiosos de alguna novedad natural, a esas horas que la tarde se cae del cielo y su raso se convierte en zoológico de estrellas que caminan hacia Santiago, formando un río de plata, como el que se hacía con las envolturas de papel de estaño del chocolate comprado en la vetusta tienda de Antonio Enrique, entremedias de gafas para la presbicia y olor a baquelita quemada cuando ajustaba las patillas a las orejas. Lleva una bolsa morada parecida a los cartapacios que se procuraban las madres con las ropas desposeídas de su apresto, con los pantalones de pana pardos que el patriarca de la casa había desechado por el luto o con los costales harineros rotos. Cartapacios que las madres componían para que sus hijos llevaran el cuaderno, el lápiz, y algún libro enciclopédico, heredado de su hermano mayor a la escuela. En esta bolsa hecha el bocadillo de calamares con el que uno de los camareros de alguno de los bares de la calle Toledo le obsequia, en un acto de generosidad, pues este hombre, forma parte de nuestra gente, de nuestra costumbre, como la fotografía de Jesús Nazareno Arrodillado debajo del cristal de la mesita de noche, o como el olor azufrado que cada año se respira por las bodegas de la estación, cuando la muerte se acuerda de septiembre y el mosto se hace promesa de vino en el jaraíz de militares estructuras. Es casi un vecino más en cada septiembre que se reviene, como se reviene el salitre de las paredes, en las humedades que el invierno otorga a las bodegas, cuando se alía el frío con el agua en un abrazo de anual sorpresa y la luna se

promete como un vértigo oscuro y gélido en sus patios empedrados, pulcros de malvas y hierbas que ahogó la salmuera.

En estas fechas todavía las aulas de D. Cristóbal huelen un poco a Zotal, a cañícula vieja que se despide. Los pupitres se muestran limpios de presentes de subjuntivos para el último examen de lengua. En su formica se vislumbra la silueta del iluso corazón, de ventrículos de tintas, que representan con venillas azules algún amor de pubertad que el verano se encargó de hacerlo pretérito imperfecto. Son días en que la níveas paredes de esas aulas de «Blancoespaña», vacías de autogiros de papel juegan con el sol al escondite por la persiana, en las tardes color caldero de cobre, de esos, que se fabricaban en los Craviottos para crecer el mostillo y el arroppe; paredes limpias de gritos y de huellas de zapatillas de deporte.

Se respiran jornadas de fiesta, de indicios de vino tan imprescindible como innecesario, prometido en las pámpanas con esa sensación de regalo, de alivio, de buena nueva, de despertar para el encuentro con querencia de mañana; porque los hombres desde los tiempos inmemoriales somos seres de ritos y costumbres que repetimos, hasta la saciedad, para encontrarnos y parecernos al universo que nos habita. Así, con estos rituales cotidianos que nos dan en la vida en los que nos hablamos de memoria a través de la historia mientras el otoño cuenta los días que le quedan con los dedos de sus manos, con las hojas de los árboles y con ese olor a alcanfor, enemigo de las metamorfosis demostradas en las crisálidas muertas, y en las ropas de entretiem-po, mientras los rayos del sol se realizan en el barroquismo de los sarmientos, para la anárquica armonía de la naturaleza, en la totalidad de los caminos de este Manzanares, de cervantinas trayectorias, donde la luz brinca y revienta en sed y se persigna.

Son días de reencuentro con las cosas sencillas, de ver el rotundo crecimiento de los niños. Ello se advierte cuando no les vale la ropa del año pasado. Agasajo para cada ser nuevo que mide estaturas cada estación y con rotundidad se muestra. Días de libros con olor a tinta recién bordada en el papel, aportando como novedad el último premio Nobel en genética o el reciente reparto de un territorio, fruto de un tratado de paz extranjero, pues en cada guerra ganan todos menos a quien se la hacen. Todo gira en torno a Jesús; parece que se haga aquí y que se note la tradición Judeo-Cristina arrastrada desde hace veinte centurias, que nos confirma la

forma de ser, la forma de sentir y hasta la forma de buscar.

Manzanares no se anduvo por las ramas al elegir como patrono al verdadero protagonista de la Nueva Historia Sagrada. Esa idea que habita en el mensaje de la Cena, donde el vino sangrante, protagonista, ha marcado el carácter de este pueblo que acoge a cada una de las personas que caen por aquí, haciéndolas uno más de los suyos. Basta con deambular por los Paseos de Río y ver cómo las caras de esos gitanos son tan nuestras como el Azuer que nos hermana, y cómo han conseguido el estatus de pedigueños, y cómo con sus manos curtidas por la miseria habitan cada hecho substancial de nuestras vidas, y los llamamos con sus nombres, sin darle importancia, como a todo lo que nos rodea desde la humildad de la costumbre; como nos habita el Calicanto o ese silencio verde, como los tallos de la hierba fresca, del kiosco musical o el Parterri-llillo, o ese paseo de los Pinos con su clandestinidad más o menos inocente que cambia a los sonares de los tiempos, testigos de las clépsidras que gotean las sílices de la vida. Son gentes que nos habitan como el pan candeal de cada día, como las minúsculas cuentas que el rocío abriga con paradoja de frío, como el cielo raso donde jugamos con las estrellas a las tres en raya en las noches, al ponernos de punta las pupilas con el permiso de la luna, es decir, si no está con su brocal de pozo, ese que crea disturbios a la claridad de la noche y que es una oratoria de luz y de naturaleza, que no se puede entender si uno no ama a Manzanares. Es, en definitiva, la tarea de amar sin titubeos, siempre y a diario, en ceremonia, pues el ser tiene la facultad de invitarse y celebrarse en rito.

Como cada jueves también en septiembre, desde cuando al Rey poeta, al que le apodaron con el sobrenombre del Sabio, las mañanas se despiertan con especial alboroto, una cacharrería se deja caer en las aceras próximas al mercado, se trata del clásico Mercadillo que en las dos primeras semanas de este mes recobra el pulso, después de la pausa que supone agosto, donde todo funciona a medio gas, menos los cabos de esta piel de toro que baña el mar. Curiosos y abundantes van con la regularidad de un cronómetro suizo a ver si encuentran una alhaja olvidada entre los montones de cosas en este ofertorio tan variopinto. Allí se pueden encontrar: zapatos de Loewe de números grandes, jaulas para canarios, jerseys de Lacoste de dudosa procedencia y millares de trastos que en esta vida de opulencia los días se encargan de darles el don de

la utilidad. Por la esquina de la calle del Hospital se dan cita toda clase de gentes de este lugar cabeza de partido: oficinistas que sacrifican el desayuno, melómanos empedernidos, rateros de dosis y rayas, bocasecas y algún que otro gestor de la pedanía cercana.

En medio de esa muchedumbre se ve ese hombre de aspecto extraño y de mirada sobria, hablando de cosas que suenan fuerte. Si uno no se para un rato al oírlo al paso, piensa que es un demente y que su locura le da permiso para decir esas verdades, a voz en grito, aparentemente caducas que, además, parecen incongruentes lanzadas por este personaje que se ha hecho más o menos popular, a base de venir cada año un poco antes de vendimias a esta tierra que se juega la luz. Aunque sea un anónimo y un desconocido trasiega por las calles cada mediados de septiembre hablando de cosas sencillas, de cómo los jóvenes son los nuevos jornaleros que en vez de salir cada mañana a ser contratados por los capataces, mandan sus «currículums vitaes» a las oficinas de trabajo tan temporal como un aguacero de estío, habla de las hojas que se dan en opulencia al viento, de las piruetas que sus limbos hacen cuando el remolino se lanza contra ellas, de cómo la paz brinca con ganas entre el anuncio de un cambio de estación o de la sabiduría del agua en otoño que canta en la piedra con la estética de un escherzo barroco. Y convence al referirse al hombre que lucha por los símbolos del dinero, en su efímera realidad de existencia, por este paseo que es la historia de cada cual. Siempre se le ve rodeado de un auditorio sencillo de espíritu y de caudales, que tienen por premio la luz que le da cada mañana en el rostro como si de tierra fueran, de estos campos que se hacen la señal de la cruz en los caminos cuando mojan su tierra con la claridad. Desde su altura este hombre irradia consuelo, parece uno de aquellos hippies de los años sesenta que no se han resistido al abandono de sus consignas pacifistas y que se niegan a quitarle a la imaginación el poder, esos vagos de la isla Pitiusa que predicaban amor en vez de guerra, consignas de las que hicieron dogma de fé. En su cara se ve la trashumancia, la misma que con trompas de barro advertían por las calles la llegada soriana del ganado, cuando en las postrimerías del verano anunciaban el viaje agrícola y rural de los pastores camino del Valle de Alcudía. Una ceremonia que se repetía como el cantar del reloj de la Plaza, ese reloj que se pone cuatro ojos para mirar la cruz caminera que nos habita, como si fuera un faro en la tempestad

de la mies.

Él habla de un mundo distinto donde la sencillez y la humildad se coticen en bolsa, como uno de los «bluechips» más valorados en los principales mercados del mundo. Son cosas tan raras como humanas, cosas de poetas, cosas que el tiempo no borra y que no están sometidas a los vaivenes de los mercados internacionales. Algunos piensan que es un sudamericano sin permiso de trabajo, que anda por esta geografía que posee todavía el morbo, la nostalgia, de ser la patria grande de ese imperio con pies de barro, y otros, que es un cuentista que sólo vive de la palabrería; como si la palabra poseyera el valor del papel, de ese papel que la papiroflexia doméstica hace que el niño suene cuando lo bota en la crecida del agua con el ánimo de que se transforme en un velero con vocación transoceánica; papel hecho precisamente con las noticias y ecos de los periódicos que muestran las noticias de este controvertido mundo. Habla con ese don que la naturaleza dota a algunas personas que inundan con su voz las sombras y los ribetes de las palabras. Su mirada lánguida, de tristeza otoñal, nos clava sílabas como si fueran horcas de sementeras en los tápiales del alma. De su cara enjuta, diríase casi renacentista, mana también esa tranquilidad que trasciende con fuerza y se expresa como abrazo que se disputa el aire.

Septiembre es aquí el mes de Jesús, no en vano, todo gira alrededor del día catorce; los más insignificantes motivos se miran en las latitudes de esta fiesta. Por ejemplo, las mujeres aguardan con impaciencia la llegada de ese día para estrenar las ropas de entretiempos que los comercios se encargan de enseñar en sus muertas maniqués de uñas pintadas, o por los suelos de los escaparates, cuidadosamente cogidas con hilos de pescador comprados en la armería de Carranza y que recuerdan el velamen de un bergantín. María, cuenta a las amigas su aventura con la arruga que por las prisas de la modista, le dejó por debajo de la cintura por motivos de la demanda de atavíos para la preparación otoñal y festiva o de cómo, el traje de chaqueta nuevo del año pasado no le queda bien a pesar de las manos de oro de su costurera que ha hecho lo imposible por estirar la tela que la confección poco previsora se encargó de no dejar. Roque, se prueba el traje que ha dejado de usar en el verano, ese que se compró para la boda de un familiar próximo. Duda si tan emotivo día de Jesús no merece algo nuevo. Seguro que se quedará un poco contrariado al darse cuenta de las manchas en la solapa,

fruto de un despiste que hizo saltar la salsa y dejar huella del menú opulento y bien pagado del Saga, mancha que el verano dejó pasar en el perchero y se olvidó en los oscuros espacios prismáticos del armario.

Todos estos sencillos desaguisados que cada año se producen en algunos de nuestros hogares, nos hacen recordar que estamos vivos para el ceremonial: Se cambian las bombillas de los balcones de las que el tirador de neumático y horquilla hizo blanco y pechuga. Por donde va a pasar la parsimoniosa procesión se encalan las fachadas. Manzanares parece que va hacer su primera comunión, desde su plaza de estilo colonial que el pueblo con su sabiduría bautizó de las Palomas, obviando las oportunidades de políticas que consagran con nombres que las coyunturas exigen, hasta la casa más humilde, es una ceremonia de cal que nos habita, un vestido que se estrena. La totalidad, gira entorno a ese meridiano del tiempo de septiembre. Tiempo de cal y de añil que se desploma por las paredes como un canto.

La cal se hace paloma en el adobe, el añil nos llama en algunos tiempos de las luces del día para recordar el color de la túnica de Jesús, ese color nazareno que chorrea por las vidas de las gentes. Son desde pequeñas cosas, vilanos del corazón, hasta las celebraciones más importantes que forman parte de la vida de las gentes, las que si pueden, se esperan a este tiempo. Los ritos, los tratos, los compromisos, pues el día catorce hace que todo gire en torno a Jesús.

En estos días se oyen las marchas militares ensayadas por la banda para el evento que se avvicina. Retumban cuando el aire viene con lluvia en el escenario del atardecer y los relámpagos bordan el horizonte con hilos eléctricos. En la lejanía, también se oye el tren-correo que para en la estación y este sonido nos indica que la humedad se cierne en el ambiente. Son las tormentas temidas por los agricultores en este tiempo en que el mosto se aprieta en las uvas como si fueran ubres vegetales de azúcar en los racimos. La lluvia es en estos días, como perdigones de esos con los que se destrozaban las bolas de chicle de colores, en las mugrientas casetas de los gitanos de las cuevas, durante las fiestas de los Santos Menores.

Ese hombre aparece por todas las calles, como el cartero que transita y lleva en su cartapacio entre la propaganda satinada con ofertas de difícil credibilidad, algunas cartas con noticias de los seres queridos que se acuerdan después de las vacacio-

nes, en estos días, de la fiesta de antaño; y todavía alguno de esos forasteros, de exilio interior, encierra en la memoria el enorme estruendo producido por aquel petardo que anunciaba la llegada desde Bilbao de la nueva imagen de Jesús, de complexión fuerte y que a más de uno, le trajeron ecos de guerra, de ese día invernal y de navidad rota del veintiséis de diciembre de hace sesenta años, pues esos años tenían la huella reciente de la sangre derramada y la metralla en los corazones. A ese hombre se le conoce aquí con el apodo de «El Llegao»; que hace que sea su nombre todo un cúmulo de especulaciones, ese apodo con que la sabiduría popular retrata con acierto de dardo y que se hace espina en el centro de la diana. Le llaman «El Llegao» por eso de que a Manzanares arriba todos los años cuando el tiempo agosta. También este hombre recuerda con su deambular a los oficios callejeros que la técnica echó de la calle por no cumplir las normas de higiene y seguridad que se inventaron en Centroeuropa, oficios que nos transitaban los días, las semanas y las estaciones con la puntualidad de la sabia. Me refiero al arriero de la Alcarria que traía en sus pellejos la miel en primavera, para las roscas de nuegados o roscas Utrera o al afilador, de procedencia gallega, que imitaba el trino de los pájaros mientras apretaba ese carretón azul, artilugio, mitad bicicleta, mitad máquina del tiempo, de donde salía una sementera de fuego cuando la queja del cuchillo de Albacete en la arenisca recordaba la matanza del cerdo; del lañador que daba un concierto de percusión, o del pobre, que tenía por oficio el de anunciarnos cada viernes que le tocaba la limosna de turno. Para su paso y deambular todos solían llevar zapatillas de cáñamo de color azul oscuras, que el sol y el polvo deslustraban hasta volverlas casi color nazareno; zapatillas que año tras año usa «El Llegao», aunque el agua haga charca, como si ese color fuera condición indispensable para el tránsito, para vivir en la calle. Conversa con las mujeres que barren las puertas, como si fuera el amigo, y les pregunta por las cosas cotidianas que pasan en el pueblo, charlan de los últimos acontecimientos. Se parece a esa charla del amante que no tuvo más remedio, que en su renuncia, quedarse con los papeles del amigo, ese que pregunta respetuosamente por la prole y la familia para no pecar de descortés y no remover el polvo de la memoria. Es un hombre que se ve en todas partes como el cascabel de la estrella Polar en el rabo de la Osa Menor. Es un hombre que anuncia un tiempo de vendimia al igual que las hormigas aladas o

la crin del caballo, que pone la capucha al fraile al anunciar la lluvia, esa que la tierra ansía como bonanza, noticia en la sed de esta tierra que en los días anteriores a Jesús se nota en las arcillosas rajadas de un río Azuer que desde su cauce no alimenta el Guadiana o a esa fábrica de harinas que se abraza al Calicanto para no bajarse de la historia, de esa historia que se mide por las grandilocuencias, como la de los Silos, esas dos alhóndigas que recuerdan a unos prismáticos que miran al cenit, o la chimenea del matadero de la Clementa acta para un record mundial de deshollinadores.

Son días de preparación: Gracia ha tenido que llevar el farol a reparar a la cristalería de Muñoz de Luna para que le pongan un cristal nuevo. Luminaria que uno de sus nietos rompió el día del Resucitado, Miguello, ese que es más malo que un dolor de cólico miserere, y al que no se le ocurrió otra cosa mejor que la de arremeter con el farol contra la cortina que Jesús, el abuelo y hermano de la cofradía que lleva su nombre, hizo con las chapas de la cerveza Calatrava, chapas que cogía todos los días de los dos quintos que tomaba en la Favorita. Esta cortina hace de pórtico para esa vieja cuadra de mulas en la que los pesebres sirven hoy para guardar el lebrillo de barro que ha soportado tantos zurras de juventud, el medio metro de gres del cuarto de baño y todos los utensilios para los dulces de Semana Santa: el molde de las flores hecho por una de las dos fraguas, el palo quemado para hacer los rosquillos de carrete y la caña con los que Gracia lía los bartolillos, cada vez más de tarde en tarde. En las estacas de las paredes de la cuadra que servían para colgar los aperos de la yunta, las jaulas de las codornices o las trébedes para el zarangollo de las quinterías, utensilios que se han ido llevando los parientes forasteros, poco a poco, para decorar la parcela que tienen cerca de Illescas, cada vez que se llegan por aquí en fechas señaladas. Hoy estas estacas ya desnudas de materia campesina sirven para sostener el parque de los nietos, que no le cabe a su hija en el piso del Pasaje o la estufa de gas butano que caldea el comedor cuando el invierno se pone de frío. Y en esas paredes de la cuadra duermen carteles con goterones de cal de señoras rubias, de cabellos con caracoles en la frente, fumando en pipa, con la boa enredada de manera insinuante, anunciando el anís Monjardín o el coñac el Príncipe.

Estos días son días para sacar los ajuares, preparación para esa ceremonia que ocurre en la calle. Por ejemplo, desde Madrid Candelaria se cose un

hábito de Jesús con la tela que se ha comprado en la Casa de los Hábitos, junto a la Plaza Mayor, en la calle Postas. Su hijo Blas que está muy bien colocado, gracias a que en su día hizo el bachillerato a distancia por la noche, ayudado de la radio de válvulas, le ha prometido llevarla en un viaje relámpago el catorce de septiembre, cuando a las tres de la tarde salga del Banco donde ha llegado a ser interventor, a la fiesta de Jesús. Candelaria espera con verdaderas ansias llegar a Manzanares y recordar en los zaguanes del corazón los recordos de San Antón por donde corría su infancia, y poder seguir el paso la procesión, esa que añora, cuando los cirios derramaban la cera por los cantos de la calle y al día siguiente se escurrían los herrajes de las mulas. Hace más de treinta años que no viene por el pueblo, ese que le vio nacer, pues toda su familia se fue marchando a Barcelona y a Valencia, o para siempre de la vida. Ella sólo se refresca la memoria con algunos esporádicos números de la revista Siembra que le llegan a sus manos cuando va a visitar a alguno de los parientes que están suscritos, pues a la muerte de sus padres decidieron quitarse el chusco de encima y vender las humildes pertenencias de indiviso; tan sólo se quedó con las fotografías familiares, el ajuar que bordó su madre para casarse con puntillas de encajes de bolillos y con un cuadro, patinado por los años, de Nuestro Padre Jesús del Perdón, al que le enciende una vela roja, cada vez que uno de sus hijos se embarca en alguna empresa difícil, cuando las noches se hacen espesas como el arropo y parece que no se van a desabrochar nunca el traje negro de la túnica de la Soledad. Cada día catorce de septiembre para aguantar las añoranzas se conforma con visitar la iglesia de Jesús de Medinaceli. A sus nietos les argumenta que Manzanares es tan importante que tiene hasta un teatro, el cual se inauguró con la zarzuela de la Rosa del Azafrán, estación de ferrocarril pero sobre todo, que ha tenido la inteligencia de no andarse por las ramas al elegir como patrón, al protagonista de la verdadera historia de la cristiandad.

Isidro, que es factor de la Renfe, busca con quien cambiar el turno, él se resiste a dejar de presumir que desde que era un mozalbeta y su abuelo materno Antón le apuntó como hermano en esta barroca cofradía, no ha dejado un sólo día de asistir a la procesión y de ponerse el cordón bicolor con la medalla de plata. Él con orgullo cuenta las peripecias, una y otra vez, que tuvo que hacer en la mili para convencer a su alférez para dejarlo asistir

a la procesión. Tuvo que pintarle de rosa palo la habitación de su hija por el módico precio de día y medio de permiso y un queso, puro de merino, que compró con los ahorros que iban destinados al regalo para el ajuar y que solía hacer a la novia después de vendimias.

El campo se muestra de manera especial a estas alturas del año, y eso se nota en el aire, cuando se pasea la luz por los cinco puentes con el cuerpo de la tarde en agonía, tendido al sol que se esconde entre enaguas de nubes, y se pone de nazareno y oro el sitio más taurino y goyesco de Manzanares; donde un día a un general con la vestimenta de soldadito de plomo se le cayó el corazón entre la palabra y la humanidad de un cura que se hizo dueño de las banderas al calor del trigo prometido de la vida. Allí algunas tardes también se ve a «El Llegao», a él le pasa lo que a Barcas que está en todas partes, por todos los rincones, se le ve jugando al tute con los viejos que descansan la vida en alguno de los poyos que abrazan el humilladero del Cristo de las Agonías. En este paraje de ambiente tan castizo, recuerdan una y otra vez, las mismas cosas, estos viejos de camisa de tirilla y boina de verano comprada en Nieto, de piel pecosa, casi barbecho que refleja tantas trillas soportadas y tantas quinterías. Ellos entre cante y cante de las cuarenta van relatando lo que les pasó por la orilla de sus vidas. «El Llegao» escucha con atención sencilla todos los pretéritos que salen más o menos dulcorados por los años, casi siempre el recuerdo viene de la mano de la tablilla que muestra la última muerte en la calle Toledo. Hablan de todo lo que rodea al mote del muerto, ese mote que se hereda, y que el saber popular es el único notario. Recuerdan, por ejemplo, cuando tocaban la cuerua a la una en la bodega de Conca y paraba medio Manzanares, eran esos tiempos en que el reloj tenía como habitáculo los chalecos de la gente que poblaba en las tardes el Gran Casino y que en definitiva eran los dueños del tiempo, o aquellos chalecos de boda para los que algún familiar del novio, escribiente de bodega, prestaba el marcador del tiempo para la foto en Zamorano. «El Llegao» escucha con atención todos estos relatos, con lo que el recuerdo otorga lustre a la piel del pasado. Él también pregunta para sacarle emoción a esas historias que cuentan los que han vivido siempre en el pueblo, con tan sólo la ausencia de la mili o de la guerra, y se acuerdan por ejemplo de cuando colocaron centinelas para avisar en caso de bombardeo en la bodega de Larios. Hablan y repiten lo

vivido hasta la saciedad, como si quisieran retornar con la palabra y no renunciar al recuerdo, pues la memoria es lo único con que cobra sentido la existencia, y a través del rito recobramos el sentido. Conforme van transcurriendo la partidas, entre ese ramo de recuerdos, se suceden los dichos y los tacos que sirven de respiro de perdedores y sosiego de triunfadores. «El Llegao» siempre que gana acaricia el hombro del perdedor y le hace una proposición: invitar a unos chatos en la Rana Verde de camino a la plaza, con el dinero que ha sacado en su tarde triunfadora de baraja tan sencilla como el paraje. Y es que este hombre grandón y un poco encorvado, quizás de tanto escuchar, siempre se pone al lado de los perdedores, de los desposeídos aunque sea producto de unas inofensivas partidas de cartas. Por el camino platican sin cesar comentan por ejemplo cómo cada Viernes Santo el gentío se engalana con los mejores atuendos y va a pasear por este paraje, para recordar aquella fecha histórica; hoy surcado por parejas enredadas en amores y que al verlas pasar estos ancianos se lamentan de su juventud, un tanto puritana, y de los equilibrios circenses que tenían que hacer en la reja de la novia, con la manta, para poder besarla, y del sacrificio de estrabismo en la ronda, para acechar por una parte la llegada del futuro cuñado y por la otra, mirar el beneplácito de la amada. Son costumbres que se heredan en la memoria, como la forma de andar, como la forma de peinarse la raya para salir el domingo o de arreglarse un poquito el espíritu, para salir de copas con los amigos, costumbres que hacen que nuestros antepasados estén a la vuelta de la esquina según se sube por la calle Empedrada de la historia.

Algunos días de septiembre, de ambiente y cielo tan incierto, que se muestran desapacibles como si la Virgen de la Candelaria implorase, y que son propios para arrancar refranes que justifiquen el frío en medio de la templanza, el ciclo de los tiempos y la sabiduría popular de la senectud, «El Llegao» procura dormir en una de las habitaciones que dan al corral en la legendaria Posada del Río, donde Paz la dueña, le reconforta con un apartado de ajo majuelero que le quedó al mediodía, generoso de patata y humilde en bacalao. En esta posada todavía se respiran las inspiraciones cervantinas y el narrar de viajeros ilustres que ya en siglo XIX hacían mención de este pueblo hospitalario. Y es allí, en este caserón de puertas abiertas al sol donde Paz y «El Llegao» junto algún viajante de comercio que trae las últimas novedades en plumas estilográficas y en

cuchillas de afeitar, se pasan hasta la media noche conversando de caminos y horas de ferrocarriles que suenan, y se escuchan, como el eco en el lóbrego ábside de iglesia o de las características de la cosecha vinícola, o del cierre de la última bodega por la bajada vertiginosa del vino generoso en acidez y pobre de cuerpo, que levanta cefaleas. En esta vetusta posada, entre galgos y palomos ladrones, se dan cita los personajes más literarios, parecen sacados de una novela costumbrista, como por ejemplo lo son: los catadores de vino, que en su tiempo eran tratantes de mulas, y que ahora se dedican a concursar por los pueblos de la Mancha en los que celebran torneos de cata, antes del trasiego del vino nuevo a las barricas de roble de California, antes de San Andrés. Ellos cuentan como hay que bailar el caldo, ritualmente, como un tango, cogiendo el rabillo de la copa con doctas maneras, y primero oler; y distinguir si el olor no enseña su hechura de vinosa, de perfume o de aroma; y luego catarlo para ver si es amable o pastoso, abocado o espirituoso. Ellos alardean, entre mentiras de cazador, que desde su fragancia en la copa, desde el grosor de los aromas, distinguen el metálico sabor de la llave que les inunda el paladar para ganar la apuesta.

¡Que casualidad!. Gotean las fechas como los tejados después del deshielo y en el calendario Zaragozano pone como festividad la Exaltación de la Cruz. El gentío se va adueñando de la calle y hay una sonrisa abierta. Las preparaciones han dado fruto, todos los deseos se ven cumplidos a eso de las ocho. Los pequeños mundos de cada uno parece que se juntan para crear un universo de armonía. La tarde atosigada de noche, acompaña, se encuentra limpia de nubes, sólo un relente de airecillo nos hace sentir que el otoño acecha. Isidro, el factor de la Renfe, espera en la calle Ancha con ilusión el desfile procesional y se enorgullece, de haber podido seguir con la tradición, de no faltar a la procesión de su patrón desde que su abuelo, que salía en la madrugada del Vienes Santo siendo él un zagal, le hizo hermano de la cofradía. Recuenta los años que han pasado al mirar a la casa del Espartero, y rememora cuando su padre le mandaba los domingos por la mañana al estanco de la plaza a por un paquete de caldo o como le pelaban, casi al cero, algún sábado por la tarde, cuando acompañaba a su abuelo que se rasuraba la barba en la peluquería de la Plaza pues, el abuelo había cogido la costumbre, desde su años mozos y de

ronda, después de venir de quintería siempre se pasaba por la barbería de Carrión para rasurar su barba. Jesús-Manuel también se da cuenta de los años que han pasado al ver y comparar el cristal nuevo de uno de los lados de su farol mientras se saca el pañuelo para dar lustre a un rodal al que Gracia no llegó con el Sídol, producto de que los años no pasan el balde. Jesús-Manuel se pone en la fila de la izquierda, pues siempre le gusta darle un apretón a cada miembro de su familia que espera en la acera de la calle de las Monjas, donde él vive, para ver pasar la procesión. Candelaria va vestida con su crepúsculo de tela, y espera en la esquina de «Los Corchados», con un cirio y una bolsa de un gran almacén donde pondrá las zapatillas, ya que ha prometido ir descalza, pues esta muy agradecida al Patrón. Antonio, un mozalbeta con aspecto de niño bueno, debuta hoy en la banda de música «Julián Sánchez Maroto», tiene la lengua seca, y se entrena tocando unos compases de Marcello con su oboe, mientras ve como pasan las mitades de los minutos en la esfera del reloj de la plaza de «Las Palomas». Manolo el conductor de la carroza se relame del último refrigerio, antes de ponerse al volante en postura de segador, se remueve los dedos en sus alpargatas como si se los contara, comprueba sus necesidades fisiológicas y espera a que Eugenio, con la solemnidad del caso, dé con el báculo los tres golpes de salida que ponen en marcha a la comitiva; antes de ello Eugenio, mirará si el fajín de Sebastiani está bien atado. Precipitadamente entre todos los devotos que acuden a ver la procesión divisan como corriendo viene «El llegao», sobresaliendo por su estatura y haciéndose notar por su vestimenta inhabitual para este ceremonial tan grande. A Candelaria al verlo le recuerda la cara de alguien, la de esa fotografía de la talla sevillana del siglo XVII que tiene en su casa de Madrid; y en su sobresalto exclama —¡Este hombre es Jesús!—.

Todos esos que están cansados de verlo por las calles y las plazas, se lamentan de que haya tenido que venir una forastera, como se dice cariñosamente en estos lares a las personas paisanas que acuden por fiestas a visitar a la familia, para reconocer ese Jesús que habita en las cosas pequeñas, en la paz de cada día, en la costumbre del rocío que madruga en la flor. Y ahora se dan cuenta de la suerte que tienen de poder ver a ese Jesús callejeando por los lugares que la vida habita.

Muchas gracias.